

Transgresiones de la sensibilidad

Mas malos que demonios



que, recién llegados de su pueblo y sin como quien dice haberse despeinado ni tenido tiempo de romper las vidrieras de la catedral ni incendiar una



papelera o algún coche,

lo primero que hicieron fue pelearse y devolver, así y con ello, el sosiego al espíritu atormentado de la señorita Alejandra que, tendente al pesimismo, estuvo en vilo desde que le anunciaron su llegada pensando que serían unos pequeños salvajes pusilánimes y apocados,

a la antigua usanza, a los que no iba a ser posible meter en cintura, o no por lo menos que los metiese ella acostumbrada, como estaba, a sus educandos siempre prestos a obedecer sin rechistar y de bonísimo grado y sin cuestionarse el porqué, ni el para qué, ni la calidad de las órdenes recibidas, atentos tan sólo a ceñirse escrupulosamente el programa y terminar el curso, si no siempre y todos con matrícula de honor, sí con un notable alto y un expediente que nadie dudaría de calificar de impecable; pero cuando vio cómo sin ni siquiera esperar al recreo se propinaban puntapiés y puñetazos y se lanzaban mutuamente objetos diversos a las respectivas cabezas — el mediano al mayor, en concreto, el tintero; y el pequeño al mediano un par de libros de texto de tapa dura con los que le hizo sendos chichones — sonrió aliviada y comentó, luego, con el director, “por fortuna, don Miguel, estaba en un error, porque buena predisposición sí se les ve”.